



Enlaces inesperados en el expreso al Sur

Ismael Berroeta

- enero 2006 -

Enlaces inesperados en el expreso al Sur

Mi marido y yo habíamos dejado a nuestro hijo al cuidado de mi madre, trasladándonos de Parritas, nuestro pueblo natal, hasta la ciudad de Santísima Virgen. La falta de trabajo y de dinero nos empujó, igual que la escasez de alimento impulsa a las aves migratorias. En la capital arrendamos una pequeña habitación, al fondo del patio de una familia obrera. Los primeros meses fueron durísimos pero, por lo menos, podíamos comer y comprarnos algo de ropa. A mí siempre me ha gustado andar bien presentada y lucir este cuerpo como corresponde, a la moda. Sin embargo, a pesar de que íbamos saliendo adelante en el aspecto material, nuestra relación iba cada vez más en deterioro. Mi pareja nunca fue un dechado de potencia sexual, aunque puedo decir con objetividad que, al menos cuando vivíamos en Parritas, él trataba de cumplir con la parte que por derecho le corresponde a una mujer casada. El asunto es que acá nunca pudo satisfacerme. Generalmente, se iba solo y, en ocasiones, le bastaba verme escasa de ropa, sin completar la relación, para acabar por su cuenta. Ahora, muchos años después, entiendo que se trata de un mal que los médicos llaman eyaculación precoz. Lo peor, es que él me culpaba. Decía que yo era anormal, una enfermiza caliente. La estrechez de la pieza y las dificultades económicas me tenían asfixiada. Llevábamos casi un año tratando de salir adelante en la capital y clamaba urgencia por un respiro, tomando unos días de vacaciones junto al niño y la vieja. Traté de entusiasmar con esta idea a mi marido, quien se mantuvo indiferente, lo cual me impulsó a viajar sola.

En esa época - yo tenía veinte años - era impensable para una renunciar a su provincianismo, así que partí a Parritas en tren. Era un expreso que salía al sur a las tres de la tarde y me dejaba en el pueblo en la noche, a eso de las dos de la madrugada. Después que el tren abandonó la estación con retraso, acorde con la tradición nacional, y llevando recién una hora de viaje, tuve la sensación que había sido una pésima idea haber despreciado el moderno bus interprovincial a cambio del ferrocarril. La segunda clase no estaba en condiciones de ofrecer ninguna de las mínimas comodidades que podría haber otorgado, debido a que la compañía ferrocarrilera había dejado que los vagones se abarrotaran de gente y de equipajes. Íbamos allí, centenares de personas, hacinadas dentro del horno en el cual el sol estival había convertido al convoy.

Quedé instalada junto a una ventana del vagón, rodeada por los miembros de una numerosa familia que se iba de veraneo. Pronto hicieron su aparición los representantes de la variada fauna del transporte de ferrocarriles: el mendigo del discurso quejumbroso, nariz rojiza y hálito alcohólico; el vendedor de gaseosas y cerveza; el viejo de los panes con huevo revuelto y del té calientito; el curandero del elíxir milagroso que sana desde la seborrea hasta la incontinencia de orina. Tampoco faltó el guitarrero que pidió unas monedas por cantar una guaracha y un corrido desentonados. Aquellos personajes que habían pertenecido a mi mundo infantil, a mi cultura de pueblerina pobre, que siempre miré con curiosidad y simpatía, se me hicieron insulsos y hasta grotescos, reflejando el punto hasta el cual la cultura urbana me había absorbido, mimetizándome con la masa indiferenciada e impersonal de la ciudad. Cayó la noche, dando ilusión de paz a los apretujados cuerpos, mal iluminados por dos bombillas huérfanas que semejaban luciérnagas en medio de la oscuridad y la bruma del cigarrillo. Sería cerca de las doce, sin poder dormir a causa del calor, de las voces, y del olor desprendido de los humores corporales cuando, sin tener necesidad fisiológica, decidí ir al excusado para estirar los miembros entumecidos y estar unos minutos a solas.

Era tanta la gente - varios amables me dieron agarrones en el trasero en la semipenumbra - que no me parecía pisar el suelo, sino mas bien ir nadando entre espaldas, pechos, glúteos, cabezas y brazos. Finalmente, llegué a un paso de la puerta del excusado. Entre ella y yo se interponía un hombre joven, de unos treinta y tantos. Me pareció que tenía el pelo castaño y ojos verdes. Se portó muy amable y me cedió el paso - sin poder evitar rozar su cuerpo con el mío - para que lograra mi objetivo. La puerta estaba cerrada firmemente y en su entorno reinaba la oscuridad. Parada allí, sin saber si avanzar o retroceder, sin ver sino siluetas apenas esbozadas a mi alrededor, vino a mis oídos el típico ritmo de los carros del tren - tatraca, tatraca, tatraca, tatraca, tatra-tatá, tatra-tatá, tatá-tatá, tacatá-tacatá, tattras-tatá, tattras-tatá -.

Algo vino a sacarme de la entonación hipnótica del rodaje. Sentí el roce de unos dedos en mis nalgas, justo en la parte donde la redondez del glúteo hace ángulo con la parte trasera del muslo. Intenté mirar por encima del hombro, como de reojo, casi sabiendo de antemano que se trataba del amable de ojitos verdes. Lo dejé hacer. Sentir que un hombre joven me deseara era algo que halagaba

mi vanidad de mujer y fomentaba mi orgullo de hembra. Un vaivén lateral del tren hizo que su cuerpo se apegara a mi espalda y un barquinazo hacia el lado contrario justificó que se tomara de mi cintura con ambas manos. Esta maniobra permitió que comenzara a excitarme, experimentando esa suave tibieza mezclada de cosquilleo que invadía mi vientre, mi sexo y mis muslos. Eché la cabeza un poco atrás y su boca quedó pegada entre mi cuello y mi oreja izquierda. Apretó sus manos en la curva de mi cintura, lo cual provocó que una fina oleada de humedad se hiciera presente en mis genitales. Me dio unos besitos en el cuello, al tiempo que decía en voz muy baja: "- Perrita, perrita linda". Por mi parte, nada agregué, limitándome a sonreír sujeta de la manija de la puerta. De improviso, ésta se abrió, saliendo una mujer gorda, de aire satisfecho por el deber cumplido. No hizo ella más que abandonar el baño para que yo automáticamente entrara allí. Quedé atónita, pues cerrarse la puerta detrás mío y darme cuenta que había ingresado acompañada del "ojitos verdes" fue una y la misma cosa.

Una vez adentro, sin soltarme, me guió lentamente hacia el lavabo, donde me apoyé con ambas manos. Empujándome con suavidad a la altura de los hombros, hizo que me inclinara un poco hacia adelante, lo cual provocó que se me alzara la minifalda y quedaran mis calzones al descubierto, ayudándome a bajarlos unos veinte centímetros sin mayor dificultad. Segundos después, pude sentir como la tibia cabeza de su pene jugueteaba en las redondeces de mi trasero y se abría paso entre mis piernas, buscando la entrada de mi vagina. Apenas tuvo dificultad para entrar. Debo haber estado muy excitada. Se afirmó fuertemente de mis caderas, apretando su pubis contra mis nalgas, hasta ingresarlo al máximo. No pude evitar dejar escapar un fuerte suspiro de placer e iniciar de inmediato un orgasmo. Él ni se molestó en embestir rítmicamente pues el vaivén del tren hizo el resto. Fue muy rico. Más agradada quedé por cuanto él no se fue de inmediato. Debe haber aguantado unos dos o tres minutos. Al cabo, me dio besos en las orejas y me abrazó de los hombros con aparente ternura. Me volví, sonriendo bajo la escasa luz amarillenta de aquél reducido espacio. Se abrochó la bragueta y ayudó a ordenar mi vestido. Para terminar, me dio un beso fugaz en la boca, despidiéndose con un "- Chao, perrita".

Abrió la puerta y se hundió en la oscuridad del vagón. Yo iba detrás de él, dispuesta a volver a mi asiento. Sin embargo, perpleja, me vi empujada del pecho por un tipo alto y robusto que ingresó al excusado llevándome por delante y dejándome nuevamente adentro. Tenía el cabello muy corto sobre una cabeza grande y

redonda; la barba sin afeitar. Vestía una polera de color claro, de mangas cortas. Se lo sentía sudoroso y con tufo a cebollas. Quizás no fuese repulsivo en sí mismo, pero su aspecto y la situación lo volvían profundamente desagradable. "- Mi putita" -, me dijo el huevón, haciéndome retroceder sin dificultad y apretándome contra el lavabo, que estaba en una esquina del excusado. Yo soy bajita de estatura y, en esa época, era delgada y liviana, por lo cual me pudo levantar sin esfuerzo dejándome sentada en el lavamanos. Me abrió las piernas, se instaló entremedio, me corrió el calzón a un lado y comenzó a intentar meterlo en mi vagina. Fue una suerte para mí que el desgraciado era alto, así quedaba mi rostro contra el centro de su pecho y no podía doblarse para besarme. Desesperada, yo misma le ayudé a introducirlo, a fin de que el asunto terminara luego. Para ser un hombre grande, tenía el pene pequeñito, lo cual permitió acrecentar aún más mi desprecio por él. Felizmente, acabó casi a los pocos segundos. Para colmo, al guardarse el aparato, comentó: "- Había que sacrificarse y hacerte el favor pues, rubia".

En cuanto vi que traspuso la puerta, me abalancé para cerrarla con seguro y así poder ordenar mi ropa y calmarme un poco. Solamente alcancé a pensarlo. Un tercer personaje había ingresado, con más desplante aún que su predecesor. Tragué saliva. Me arrepentí totalmente de haber viajado en tren y de haber dejado que se iniciara aquello. Si reía o si lloraba, ¿ a quién le importaría?. La semioscuridad y el traqueteo del ferrocarril hacían que mis gestos se interpretaran de cualquier forma. El último también era un hombre joven, tan bajo de estatura como yo, muy moreno, casi negro, de carnes fuertes y músculos bien desarrollados; un pequeño Tarzán. Después de asegurar la puerta, se acercó hacia mí, que estaba toda desaliñada y asustada, me hizo cariño en la cabeza y las mejillas. Su actitud me dio esperanza de un trato menos duro. Me abrazó con suavidad y me acarició el cuerpo, por encima del vestido, lo menos torpemente que permitían los vaivenes del carro en movimiento. Después de unos breves minutos, bajó la tapa del inodoro y tomó lugar en él como quien hace uso de un trono. Me cogió con suavidad pero con decisión de la mano izquierda y, tirándome hacia sí, me dijo en voz baja: "- Ven, chiquita". Una vez parada frente a él, metió la mano entre mis muslos y un toque alternativo hacia ambas piernas fue la señal de que debía separarlas. Así lo hice. Me tiró de las caderas lentamente, avancé hasta quedar con su pecho pegado a mi pubis y su cara perdida en mi seno, para quedar a horcajadas sobre sus piernas. Obedecí, resignada, igual que la vez anterior, a que me lo introdujera rápido para terminar con eso lo más pronto posible. Me

apoyé en sus hombros y flecté un poco las piernas, tanteando con la vulva y el perineo el lugar donde podía estar el miembro viril. Pronto di con algo resistente, de superficie suave, comenzando a presionar sobre él para que penetrara. Confiaba en que, mojada como estaba con mis propias secreciones y el semen de los anteriores, la lubricación permitiría una entrada suave y veloz. No ocurrió. Volví a embestir con todo mi peso hacia abajo. Tampoco, ningún resultado. Nerviosa, dejé mi mano izquierda sobre su hombro derecho y bajé la otra, en busca de mis labios, para abrirlos y así dejarle el paso más fácil. Lo hice, separándolos. Enseguida, mi mano cogió su pene para apuntarlo en la dirección correcta. Tanto o más descomunal que mi sorpresa fue el tamaño de la enorme verga del moreno. La solté de puro incrédula y volví a cogerla, sin casi lograr rodear su rolliza circunferencia. La tosca ternura del hombre y su falo gigante estimularon mi reacción de hembra muchos meses insatisfecha. Puse la punta con cuidado contra los labios menores y di comienzo a un lento y rítmico bajar y subir de mi cuerpo. Mi excitación aumentó. Sentí oleadas de mis propios líquidos deslizarse por la entrepierna de mis muslos y seguí, golpe tras golpe contra el precioso falo. Igual, sin haber podido introducirme completamente la cabeza de su pene, sentí que el éxtasis me invadía y, aferrándome con las dos manos al cuello del muchacho, me envolvió completamente el orgasmo. "- Aaah, aah, aah" -, me quejé de placer sin ningún recato, refregando la cara en el cabello de mi pareja. El orgasmo logró que se distendieran más los labios, por lo que el pene comenzó a deslizarse por los relajados tejidos de mi vagina, mientras yo descendía hasta quedar con mis nalgas sobre sus piernas, virtualmente ensartada en la herramienta. Me abandoné en el vuelo, gozando de un placer total, esta vez no solamente localizado en los genitales como al comienzo. Mi imaginación, desatada, me hacía sentir empalada por el pene de mi pareja, como si cruzara mis intestinos, mis pulmones y llegara a cosquillear en mi garganta. Volviendo un poco del vuelo inicial, me erguí un poco apoyada en las piernas, retirando mi vagina hacia arriba, para después dejarme caer lentamente, sintiendo como el falo arrastraba en sentido contrario mis labios y mi clítoris, lo cual me llevó nuevamente a las alturas del placer. Tres fueron los momentos cúlmines de mi orgasmo múltiple, quedando, al final, abandonada como un trapo en los brazos del macho, quien había tributado su chorrillo de semen y, juntos, prolongamos la delicia mediante los bailoteos del tren en plena marcha. El sonido impersonal de los hierros machacados por las ruedas de acero, con su mecánico ritmo, nos envolvió, mientras nos abrazábamos largamente - Chacachá-chacachá, chacachá-chacachá, chacachá-cachá, cachá-cachá, cachá-cachá, cacha-cacha, cacha-cacha - en tanto yo

sonreía al oír el estribillo burlón, que parecía surgir de los muros del excusado metálico, como si fuese un casual e involuntario voyerista.

El "moreno" volvió a la realidad mucho antes que yo, hizo que me apartara, se puso de pie, cerró la bragueta y se mandó cambiar, muy ufano. Quedé allí, sola, todavía mareada y desorientada en los restos del orgasmo, las piernas temblando, con una necesidad atroz de ponerme a dormir. Tengo el vago recuerdo de haber visto que entró otro tipo, el cual me apretó contra el muro, me subió la falda hasta la cintura, hizo que separara las piernas un poco y se lanzó con todo adentro de mi sexo. Incapaz de oponer resistencia, desempeñé un papel pasivo, como un mero receptáculo para su descarga seminal. La verdad es que ni siquiera puedo recordar quién ni cómo era. Sin embargo, el breve tiempo transcurrido en éste última involuntaria función me sirvió para reponerme un poco. Hasta me sentí agradecida del "moreno". Me había dejado tan dilatada la vagina que el último falo naufragó a la deriva en mi interior y no me pareció haberlo sentido realmente, ni para bien ni para mal. Me ordené la minifalda. Recogí mis calzones pero no atiné a ponérmelos. Me sentía mojada y sucia. La puerta volvió a abrirse una vez más. Apareció otra figura masculina. Se trataba de un chico adolescente, posiblemente de unos quince años. Sonreía, evidenciando la torpeza y la indecisión propias de su edad. Estábamos llegando al final de la fiesta y al mocoso quisieron dejarle los restos. Era mi oportunidad. Me abalancé sobre él y lo cogí del cuello, enterrándole las uñas - que siempre me ha gustado usar largas - profundamente, con saña.

- ; Lárgate, desgraciado!, ; o te parto la cara! -, le grité, fuera de mí.

El muchacho me miró aterrorizado y, zafándose con dificultad de mis manos, salió a escape del excusado. Esta vez pude asegurar la puerta. Levanté la tapa del inodoro y me puse por encima de él, con las piernas abiertas, una a cada lado de la taza. Aproveché de orinar, así, de pie. Enseguida, me doblé un poco hacia adelante, contraje varias veces los músculos vaginales y aguanté un rato en esa posición, a fin de que goteara el moco recolectado en la aventura. De improviso, golpearon la puerta. Me puse tensa, con miedo a continuar siendo humillada. Me di valor.

- ¿ Qué quiere? -, pregunté con el tono de voz más firme que podía sacar en esas circunstancias.

- Soy un amigo -, dijo una voz que no me pareció desconocida.

Abrí la puerta unos centímetros. Era "ojitos verdes". Estaba resentida con el tipo, porque le había dado su oportunidad gratis y había actuado como cabecilla de una banda. ¿ Es que este huevón no está conforme con su parte?, pensé para mis adentros.

- Viene el conductor -, dijo él, y agregó: - Toma -, entregándome un puñado de papel higiénico.

No le respondí, pero acepté su regalo. Ordené las tiras de papel y las doblé, dándoles el porte de una toalla higiénica. Me la instalé entre las piernas, cubriendo la vulva. Sacudí un poco mis calzones y me los volví a poner. Traté de estirar el vestido lo que más pude, me sacudí algo por aquí y por allá, enderecé algunos cabellos desordenados. No intenté lavarme ni las manos ni la cara, pues sabía que a esa hora el agua del vagón estaba agotada completamente. Hice la señal de la cruz y salí al pasillo.

- Boletos, boletos. Se revisan todos los pasajes -, decía el conductor, con el cual me encontré de sopetón.

Nerviosa, busqué el pasaje en mi carterita de mano la cual, por suerte, no me habían robado, porque había quedado en un rincón oscuro y sucio del baño mientras duró la refriega. El funcionario, un viejo serrote, me devolvió el boleto después de marcarlo, diciéndome:

- Señorita, próxima estación, Parritas. Apúrese en buscar su equipaje.

Me sentí asustada. Pero no por la posibilidad de enfrentarme a los bribones que, por lo demás, habían desaparecido ante la llegada del conductor, escondiéndose en las pisaderas, sino porque tenía que llegar hasta mi maleta y después, intentar bajarme a tiempo. Menos mal, no fue tan difícil volver a mi asiento. Como que con la revisión de boletos se había producido algo de orden.

- Por Dios, señorita -, me recibió diciéndome mi vecina de asiento. - Pensábamos que le había ocurrido algo... Como se demoró tanto...

- No, no se preocupe -, le respondí tratando de parecer tranquila. - Es que había un regimiento de gente haciendo

cola para entrar al baño. Con permiso, voy a retirar mi maleta. Me bajo en Parritas.

- No tenga cuidado, niña -, agregó la buena señora. - Mire, está tan lleno de gente que si carga su maleta no va a poder bajar a tiempo. Mejor será que mi marido le pase la maleta por la ventana y así usted podrá bajar más rápido. Vaya, vaya le digo.
- No sabe cómo se lo agradezco, señora. Haré lo que usted dice. Que tengan buen viaje -, le respondí, despidiéndome con un beso.
- Eufrasio -, prosiguió la mujer, perfecta dueña de sí misma -, baja la maleta de esta niña. Apúrate, hombre, que el tren está entrando a Parritas.

La Estación de Parritas, tan familiar para mí desde pequeña, me recibió con su aire colonial, con sus muros blancos y sus maderas café moro. Una brisa suave y fresca que vagaba por sus corredores me infundió un poco de ánimo. Me sentí mejor todavía cuando divisé a mi primo Manuel que venía a esperarme.

- Tarde llega pues, prima -, dijo con su entonación sureña y se apuró en ayudarme, cogiendo la maleta con sus manazas de campesino.

Lo seguí a paso rápido, para abordar el taxi que nos llevaría a la casa de mi madre. El pitazo del tren, que volvía a ponerse en marcha hacia el sur, hizo que me detuviera.

- Espera, Manolito, parece que tengo una piedra en el zapato -, le mentí al ingenuo, y utilicé la excusa para quedarme como embobada viendo cómo el reptil mecánico se perdía en la noche, incrédula aún de haber estado en su vientre metálico, como si me hubiese salvado de haber sido digerida en sus intestinos de acero.

- o -

El día siguiente fue reconfortante. Comprobé que mi viejita había cuidado al niño como a una joya y, para más, había preparado pastel de choclo, sabiendo que era una de mis comidas favoritas. Después de almuerzo, regresó Manolito agitando un periódico en la mano.

- ¡ Apuesto a que no saben la noticia!.
- Apareció este copuchento de nuevo... -, comentó mi madre con picardía, pero sin mala intención, siendo Manuel su sobrino regalón.
- El diario de hoy dice que hubo un accidente anoche. Miren, vean aquí.
- ¿ De qué se trata? -, preguntó mi madre poniéndose las gafas y apoderándose del tabloide. Yo me instalé detrás, mirando por encima de su hombro.
- ¡ Santo Cielo!. Una persona se cayó anoche del tren de Santísima Virgen -, comentó espantada la vieja. - Es el tren en que tú venías, hija. Un muchacho se vino al suelo y se mató, poco antes de que el expreso entrara a Parritas. Vean, aquí está la foto.

Una ojeada rápida me bastó para reconocer al adolescente que la pandilla había involucrado al final. Me dolió, me dolió mucho. ¿ Por qué él?. ¿ Por qué no cualquiera de los otros?.

- ¡ Qué terrible, qué terrible! -, se lamentaba ella. - ¿ Tú no lo habías visto?. ¿ No te diste cuenta de nada, hija?.
- De nada. No lo conozco -, murmuré con los ojos llenos de lágrimas.

- o -

Jamás le he contado a nadie la experiencia que viví aquella noche en el expreso al sur. Ni a mi madre, ni a mi marido. Tampoco a mi amante. Además, nunca volví a viajar a Parritas en tren.

- o -

Ismael Berroeta